Curación de un hidrópico en sábado

35Mt. 12. 11

14

1 Un sábado, Jesús entró a comer en casa de uno de los principales fariseos. Ellos lo
observaban atentamente. 2 Delante de él había un hombre enfermo de hidropesía. 3 Jesús
preguntó a los doctores de la Ley y a los fariseos: «¿Está permitido curar en sábado o
no?». 4 Pero ellos guardaron silencio. Entonces Jesús tomó de la mano al enfermo, lo curó y
lo despidió. 5 Y volviéndose hacia ellos, les dijo: «Si a alguno de ustedes se le cae en un
pozo su hijo o su buey, ¿acaso no lo saca en seguida, aunque sea sábado?». 6 A esto no
pudieron responder nada.

La humildad cristiana

6Mt. 23. 12
7 Y al notar cómo los invitados buscaban los primeros puestos, les dijo esta
parábola: 8 «Si te invitan a un banquete de bodas, no te coloques en el primer
lugar, porque puede suceder que haya sido invitada otra persona más
importante que tú, 9 y cuando llegue el que los invitó a los dos, tenga que
decirte: Déjale el sitio y así, lleno de vergüenza, tengas que ponerte en el
último lugar. 10 Al contrario, cuando te inviten, ve a colocarte en el último sitio,
de manera que cuando llegue el que te invitó, te diga: Amigo, acércate más
y así quedarás bien delante de todos los invitados. 11 Porque todo el que se
ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado».
12 Después dijo al que lo había invitado: «Cuando des un almuerzo o una cena,
no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos
ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y así tengas tu recompensa. 13 Al
contrario, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los
paralíticos, a los ciegos. 14 ¡Feliz de ti, porque ellos no tienen cómo retribuirte,
y así tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos!».

La parábola de los invitados descorteses

14Mt. 22. 1-10
15 Al oír estas palabras, uno de los invitados le dijo: «¡Feliz el que se siente a la
mesa en el Reino de Dios!». 16 Jesús le respondió: «Un hombre preparó un gran
banquete y convidó a mucha gente. 17 A la hora de cenar, mandó a su sirviente
que dijera a los invitados: Vengan, todo está preparado 18 Pero todos, sin
excepción, empezaron a excusarse. El primero le dijo: Acabo de comprar un
campo y tengo que ir a verlo. Te ruego me disculpes 19 El segundo dijo: He
comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego me
disculpes 20 Y un tercero respondió: Acabo de casarme y por esa razón no
puedo ir
21 A su regreso, el sirviente contó todo esto al dueño de casa, y este, irritado, le
dijo: Recorre en seguida las plazas y las calles de la ciudad, y trae aquí a los
pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los paralíticos 22 Volvió el sirviente y
dijo: Señor, tus órdenes se han cumplido y aún sobra lugar 23 El señor le
respondió: Ve a los caminos y a lo largo de los cercos, e insiste a la gente para
que entre, de manera que se llene mi casa. 24 Porque les aseguro que ninguno
de los que antes fueron invitados ha de probar mi cena.

Necesidad del desprendimiento

24 9. 23 Mt. 10. 37-38; 16. 24 Mc. 8. 34

25 Junto con Jesús iba un gran gentío, y él, dándose vuelta, les
dijo: 26 «Cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su
madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a su
propia vida, no puede ser mi discípulo. 27 El que no carga con su cruz y me
sigue, no puede ser mi discípulo.
28 ¿Quién de ustedes, si quiere edificar una torre, no se sienta primero a
calcular los gastos, para ver si tiene con qué terminarla? 29 No sea que una vez
puestos los cimientos, no pueda acabar y todos los que lo vean se rían de él,
diciendo: 30 ⸤Este comenzó a edificar y no pudo terminar⸥
31 ¿Y qué rey, cuando sale en campaña contra otro, no se sienta antes a
considerar si con diez mil hombres puede enfrentar al que viene contra él con
veinte mil? 32 Por el contrario, mientras el otro rey está todavía lejos, envía una
embajada para negociar la paz. 33 De la misma manera, cualquiera de ustedes
que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

El ejemplo de la sal

33Mt. 5. 13 Mc. 9. 50
34 La sal es una cosa excelente, pero si pierde su sabor, ¿con qué se la volverá
a salar? 35 Ya no sirve ni para la tierra ni para abono: hay que tirarla. ¡El que
tenga oídos para oír, que oiga!».